

## LAS CONDICIONES DE VIDA DEL PEREGRINO A SANTIAGO SEGUN EL "CODEX CALIXTINUS"

*Edmond-René Labande*

"Al entrar en la ciudad, la vio por todas partes apiñada dentro de antiguas murallas, ornada de elevadas torres. Ocupando magnífica situación, la ciudad era de dimensiones perfectas en amplitud y extensión, prosperísima y rebosante de víveres, bien provista de verdes frondas y claros manantiales, cruzada por un gran río, rodeada de huertos, vergeles y numerosísimas viñas, gozando de aires saludables, agradable por sus plazas y calles, encantadora bajo todos sus aspectos, en suma, y a él se le ocurrió pensar que Dios se dignaría arrancar tan hermosa e ilustre villa a los errores de los paganos para someterla a las leyes cristianas".

Así es como queda descrita<sup>1</sup> Saintes, en el folio 176 del *Codex Calixtinus*, manuscrito conservado en el tesoro de la Catedral de Santiago de Compostela. "El", claro está, es San Eutropio y el fragmento que acabo de escribir está sacado de una *Passio Eutropii* que se pretende descubierta y traducida del griego por el autor de la "Guía del Peregrino", obra en cuyo seno se incluye este texto.

Hoy, en la magnífica *Mediolanum Santonum* que acoge a vuestro coloquio, se me pidió evocar a los numerosos peregrinos de Santiago que marcaron etapa aquí en el siglo XII, para venerar a San Eutropio. Por eso creí acertado intentar dar algún vislumbre de las riquezas de información que proporciona, para estudiar el comportamiento de dichos peregrinos, tan insigne monumento como es el "*Codex Calixtinus*".

A principios de nuestro siglo la reputación de la obra se extendió por Francia, gracias ante todo al tomo III de las *Légendes épiques* de Joseph Bédier (1912). Diez años después, llamaban la atención hacia esos mismos textos los historiadores del arte, sucesivamente Emile Mâle (*L'art religieux du XII<sup>e</sup> siècle en France*, 1922), después el americano Kingsley Porter (*La escultura románica de las rutas de peregrinación*, 1923). Los tres sabios estaban de acuerdo en que esta recopilación se debía a un autor francés, que había escrito en y para la congregación de Cluny, y para gloria de ella. Hubo que esperar después la notable obra consagrada a la peregrinación, en 1948, por tres grandes sabios españoles<sup>2</sup> para lograr a la vez una visión y un análisis de la estructura del *Codex*, más esmerados y más matizados.

<sup>1</sup> *Le Guide du Pèlerin a Saint-Jacques de Compostelle*, ed. Jeanne Vieliard, Macon 1950, p. 72 (N. B. Aquí y en otras partes nos inspiramos de la traducción que acompaña dicha edición).

<sup>2</sup> Luis Vázquez de Parga, José María Lacarra y Juan Uría Riu, *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela*, Madrid 1948/49, 3 vol.

Una edición de los textos, debida al Padre Fita, existía desde 1882; no estaba exenta de errores, el autor se había permitido componendas con algunas graffías propias para no desconcertar demasiado al lector de su tiempo; pero también había cometido meras faltas de transcripción. Añadamos que muy pronto dicha edición quedó casi agotada en Francia. Así pues Jeanne Vielliard hizo un insigne favor a los investigadores cuando en 1938 publicó, en edición crítica, acompañada de una traducción francesa, si no todo el manuscrito, por lo menos la última parte, sin duda la más célebre, quiero decir “la guía del peregrino”; este trabajo conoció un gran éxito y se reeditó dos veces. Pero al tiempo que esta “chartiste” francesa, un erudito americano, Walter Muir Whitehill, emprendió por su parte una copia completa del *Codex*. Su edición salió a luz en Santiago en 1944, en dos volúmenes, precedida por una substancial introducción. La fecha de aparición, obviamente desastrosa para los intercambios culturales franco-hispánicos, así como una tirada acaso demasiado limitada, hicieron que a su vez, la edición Whitehill penetrase muy escasamente en Francia, incluso en España cuesta trabajo encontrarla.

Utilizaré hoy esta edición así como la de la señorita Vielliard. Tengo que señalar desde un principio que la edición americana no es perfecta: las seis páginas abarrotadas de erratas que lleva, quedan lejos de agotar la materia, y es fácil, por confrontación con los textos de Fita o (en la parte común) Vieillard, discernir incorrectas lecturas. Cotejar el manuscrito será pues en muchos párrafos una precaución indispensable.

Ha llegado el momento de recordar sumariamente cuáles son los diversos elementos de este conjunto. Como muchos manuscritos del siglo XII, éste contiene una serie de textos cuya reunión puede parecer poco coherente, y desconcertante para los hábitos de nuestra lógica moderna.

Por orden, estos textos son:

1º Tras una pretendida carta del Papa Calixto II (cluniacense (1119-1124), bajo cuyo patronato se colocó todo lo demás, pero que no tiene sin duda nada que ver con la redacción, un vasto conjunto de sermones y obras litúrgicas (misas, himnos) que constituye prácticamente los dos tercios de todo el manuscrito (ff. 1 a 139).

2º Una recopilación de *Miracula* de Santiago (ff. 140 a 155).

3º Un relato de su *Translatio* (ff. 156 a 162).

4º Antaño insertos aquí, pero luego separados y encuadrados aparte, los 29 folios de la famosa *Historia Karoli Magni et Rotholandi* o crónica del seudo-Turpin,<sup>3</sup> bien conocida por los especialistas de Roldán, pero que en nada podría intervenir para lo que tengo que decir hoy.

5º Por fin (ff. 163-184), famoso texto sin título, dividido en once capítulos, la “Guía” que fue objeto de la edición Vielliard.

El presunto autor de este conjunto, por lo menos de la primera y quinta parte, ¿quién es? Será Aimery Picaud, de Parthenay-le Vieux, en Poitou, que se designó a sí mismo en una bula a su vez ultrajantemente falsa, atribuida al Papa Inocente II (1130-1143), incorporada por Aimery al final del manuscrito. Si se cree a Vázquez de Parga,<sup>4</sup>

<sup>3</sup> Ed. C. Meredith Jones, París 1936.

<sup>4</sup> *Op. cit.*, t. I, pp. 175-176.

el *Codex Calixtinus* entero hay que imputárselo a Aimery que parece haber sido un clérigo vagabundo. Es un inestimable informador en la medida en que propone (ya veremos unos ejemplos) testimonios vividos personalmente, y no sólo en Santiago, sino en diversas regiones. Como Poitevino, se muestra apasionado admirador de sus paisanos, pero juzga a los demás pueblos con rudeza, a veces con ferocidad; por ejemplo a los navarros, a quienes por razones no reveladas, parece odiar. Escribe hacia 1150.

En lo que sigue, destaco sobre todo tres elementos: el Sermón *Veneranda dies*, uno de los más largos de la recopilación<sup>5</sup> sobre el que llamó útilmente la atención en su tiempo, Vázquez de Parga: la Guía del Peregrino; por fin algunos elementos de los *Miracula*.<sup>6</sup>

Dejemos hablar a Aimery. En seguida, al hojear su Guía, tenemos que reconocer el interés excepcional de un escrito de tal tipo, pues se trata de algo muy raro e incluso insólito a mediados del siglo XII. Opúsculos descriptivos y turísticos para peregrinos abundarán en el siglo XV pero grande es el contraste, bajo este punto de vista, entre ambos períodos. Nuestro autor ya dejó bien explicadas sus intenciones: por ejemplo, proporciona al peregrino un verdadero indicador de las etapas diarias (*dietae*), las que pueden realizarse con una cabalgadura, otras de a pie, y así quien desee emprender la ruta tendrá la posibilidad de calcular de antemano (*praemeditari*) la amplitud de sus gastos.<sup>7</sup> Preocupación extrañamente moderna y que no cesa de dejarnos atónitos, ya que (no sé por qué) denegamos fácilmente todo sentido práctico a las gentes de aquel entonces. Claro está que la Guía es ante todo un manual piadoso en donde se indican los Santos que han de venerarse aquí o allá al pasar; pero también se proporcionan otros informes. Nos enteramos, por ejemplo, que Gascuña produce vinos y pescados de calidad; que el País Vasco propone al viajero sus manzanas, su sidra y su leche, que en Navarra abundan pan, vino, leche, ganado ovino, pero que la lengua es muy poco inteligible; el autor juzga incluso oportuno ayudar al lector proporcionándole, con este propósito, un singular pequeño glosario de términos corrientes.

Aimery Picaud sabe describir, y por ese lado se inserta bien en la corriente de los escritores del siglo XII, cuando muchos vuelven a descubrir la naturaleza y se maravillan al contemplarla. Así es como anotó muy bien el contraste —que tanto asombra al viajero— entre la Castilla desértica (*lignis desolata*) y León, y sobre todo Galicia, de la que da el rápido esbozo siguiente: “El campo es frondoso; los ríos, los prados y los vergeles son allí excelentes; buena fruta, claros manantiales,<sup>8</sup> etc.”.

Autor edificante, quiere que el lector se aproveche de toda la experiencia que él adquirió etapa tras etapa. Si el Apóstol Santiago constituye el objetivo final del viaje, el caminante no tiene por qué privarse de los sufragios de los demás santos que irá encontrando y cuya *virtus* bienhechora se irá ejerciendo en quien los venera. He aquí pues, entre otras, a lo largo de las cuatro rutas descritas en Francia, María Magdalena en Vézelay, Gil en Bajo-Languedoc, elevado por Aimery casi al rango de los Apóstoles; en Arles San Trójimo o San Cesáreo (evocaciones que van seguidas de la inapreciable descripción de los Alyscamps). En Limosín, será San Leonardo, más cercano de la patria del autor y del que tendrá el gusto de señalar numerosos detalles, en particular la acción

<sup>5</sup> Ocupa los ff. 141-176.

<sup>6</sup> *Liber beati Jacobi (Codex Calixtinus)*, ed. W. M. Whitehill (con la colaboración de G. Prado y de J. Carro García), Santiago, 1944, t. I, pp. 259-287.

<sup>7</sup> *Le Guide...* ed. Viellard, p. 8.

<sup>8</sup> *Ibid*, p. 32.

del Santo en favor de los encarcelados; y de describir los innumerables exvotos (esposas, argollas, cadenas, grilletes, candados, yugos...) <sup>9</sup> que abarrotan los alrededores del santuario. Es menos prolijo en lo concerniente al trayecto español: sin embargo, aconseja vivamente paradas para venerar a Santo Domingo de la Calzada, así como en León, al gran San Isidoro que “impregnó al pueblo español con el jugo de su doctrina”. <sup>10</sup>

Muchos trozos del *Codex*, y especialmente los sermones, nos proporcionan después una notable visión de los peregrinos, su aspecto externo, los peligros que corrían al llevar a cabo tan larga ruta, los problemas que se les planteaban, por ejemplo con ocasión de su alojamiento; esto nos ayudará a captar con qué ánimo los consejeros del viajero, sus inspiradores, los organizadores de la peregrinación anhelaban que la cumpliera para que su paso aprovechara a su alma.

Al peregrino se le describe aquí o allá con sus insignias que son el esportillo y el bordón. Al esportillo, los italianos lo llaman */scarcell*, los provenzales *sporta*, los franceses *écharpe*, se precisa en el sermón *Veneranda dies*. <sup>11</sup> Pero este lucimiento verbal algo pedante —y muy al gusto de la época— deja en seguida lugar a la interpretación y es que en efecto, a ojos de los autores espirituales del siglo XII, conviene que en cada cosa, incluso en los humildes instrumentos de la vida cotidiana, se vea el sentido para que se comprenda el símbolo escondido. Así el esportillo significa la liberalidad de la limosna, pero también la mortificación de la carne. Más accesible nos es sin duda la significación del bordón; ese palo herrado que constituye el tercer pie del peregrino, es el símbolo de la Santísima Trinidad, exclama el orador. Además, lo mismo que materialmente, tal bastón ayuda a ahuyentar perros y lobos, también en otro plano permite atacar o alejar las sugerencias demoníacas; así se vuelve báculo triunfal para el portador, aquel *vexillum* que los pintores representan en manos de Cristo resucitado.

Otra insignia especial del peregrino que vuelve de Santiago es la concha (vieira), prueba de que cumplió el voto. Como la palma que enarbolaban por su parte los peregrinos de Jerusalén, Aimery Picaud asume el simbolismo de la concha.

Al volver del santuario de Santiago, los peregrinos las llevan cosidas a los capisayos (*capis*) hasta sus hogares, con gran regocijo, para atestiguar de tan largo viaje. Las dos valvas que por cada lado protegen al marisco (*piscis*) significan los dos grandes preceptos del amor, por los que el portador debe proteger su propia vida, a saber: amar a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a sí mismo. <sup>12</sup>

A la vuelta, y también a la ida, la ruta no está exenta de peligros. Incluso, cuando se llega a la meta, el cumplimiento del voto lleva consigo diversas dificultades para un peregrino desprevenido. De ahí, los consejos, tan numerosos y variados, que se le prodigan en el *Codex Calixtinus*. Como el autor, a pesar de un aparente desorden, tiene la mente despejada y cierto método, se nota al leerle que los principales peligros son de tres categorías: los que provienen primero de la naturaleza, los de la maldad o de la codicia de los hombres, y por último los que provienen del peregrino mismo por su condición de pecador.

En la Guía, Aimery Picaud, no ahorró los pormenores a propósito de los ríos que

<sup>9</sup> *Ibid*, p. 54.

<sup>10</sup> *Ibid*, p. 82.

<sup>11</sup> *Liber Sancti Jacobi...* ed. Whitehill, p. 152.

<sup>12</sup> *Ibid*, p. 153.

se encuentran a lo largo del *Camino*. ¿Se puede beber de tal o cual agua? Si se le cree, un buen número de aguas fluviales son peligrosas y hasta mortales. No bebas en el río Salado: “Nosotros mismos, añade, caminando hacia Santiago, dimos allí de beber a nuestros caballos y en seguida se murieron dos de ellos”. Al cruzar por las “Landes”, desconfía también, amigo peregrino, de las arenas movedizas en las que te hundirás hasta las rodillas —todavía no había llegado Brémontier—, desconfía en verano, de los insectos, sobre todo de los tábanos, tan numerosos como crueles por sus picaduras.

Pero los peligros naturales son relativamente poca cosa comparados con los que suscitan al viajero la maldad, la codicia y hasta la perversidad de los humanos. Y a este propósito, abramos un paréntesis. Nos podría extrañar que algunos peregrinos, gentes pobres por definición, fuesen asaltados: pero es que, pobres de intención, veíanse a menudo obligados a llevar dinero para las necesidades del camino —aunque no fuera más que para dar limosna— y sobre todo transportaban objetos a veces de metal precioso, *exvoto* u *oblaciones* con la intención de entregarlos al santuario a que se dirigían. Así pues, los ataques de que eran víctimas son más que explicables.

Volvamos a Aimery. Escribe:

“A la vera del camino, un día, vi a un ahorcado. Antes de llegar a tal estado, fue un hombre que solía llamar a los peregrinos a la salida de la ciudad, por la madrugada antes de amanecer, gritando como ellos: ¡Dios ayuda y Santiago!”.

Si algún viajero respondía a su invitación, nuestro hombre lo acompañaba un trecho hasta llegar a un sitio apartado en donde sus cómplices esperaban. Entonces mataban y despojaban al peregrino.<sup>13</sup>

Hay muchos ejemplos más, como los de los peajeros, que en los alrededores de una encrucijada o de un puente, sacan dinero a los piadosos caminantes, a pesar de todas las prohibiciones conciliares; las de los barqueros que no temen sobrecargar la barca, dejándola volcar en plena corriente, ahogando así a peregrinos que de inmediato despojarán.

Sin embargo, el autor es perfectamente consciente de que aún quedan peligros acaso menores pero sutiles, para los visitantes de Santiago: los que provienen sencillamente de su propia naturaleza.

En Compostela se hablan todas las lenguas. *Illuc*, clama el predicador, *populi barbari et domesticum cunctorum cosmi climatum adveniunt, scilicet*. (Aquí todos los pueblos, bárbaros o civilizados, acuden de todas las regiones del globo, a saber...) y en seguida, fríamente, cuenta setenta y cuatro naciones diversas,<sup>14</sup> algunas de las cuales son, claro, mera fantasía, pues la lista termina por los judíos: difícil nos es imaginar que viniesen de peregrinación a Santiago; ¿cómo se les hubiese acogido? No, dejéese llevar el orador sagrado, por su facundia, a una ampliación del célebre episodio de los Actos (II, 9-11), en donde se relata Pentecostés; la lista de San Lucas era, no obstante, mucho más modesta. Dicho esto, bien es verdad, guardando las proporciones lógicas, que debía de haber gran promiscuidad de pueblos, lenguas, razas, costumbres en los días de gran afluencia en los Santuarios de Santiago. Al hojear las páginas de los *Miracula* contenidos aquí, se notan, sin tener que escrudifiar mucho, las más diversas

<sup>13</sup> *Ibid*, p. 33.

<sup>14</sup> *Ibid*, p. 148.

procedencias de los peregrinos: un pellejero joven de la región lionesa, un caballero italiano, un mercader barcelonés, un obispo de Grecia que se hará ermitaño a proximidad de la tumba del Apóstol, un barón de Tiberiades en Tierra Santa Franca, y así puede seguirse alargando la lista.

Cuando tantos y tan diversos hombres tienen que convivir en un mismo punto, aunque sea por unos días, hay que andar prevenido. No siempre la situación es tan idílica como la que por primera vez nos relata Aimery Picaud:

“Es una gran alegría y un profundo asombro el ver a los grupos de peregrinos durante la velada alrededor del venerable altar de Santiago: los alemanes en un sitio, los franceses en otro, los italianos más allá reunidos; como cada uno lleva un cirio encendido en la mano, la iglesia entera queda alumbrada como con el sol. Cada uno pasa lo mejor que puede esas horas con sus paisanos. Unos tocan cítaras, otros liras, otros tímpanos, otros flautas, otros trompetas, o sambucas, ruedas británicas, salterios. Unos cantan, otros lloran sus pecados, otros leen los salmos, otros dan limosna a los ciegos...”<sup>15</sup>

Volvemos a notar otra vez que el autor acaba de dejarse embriagar por su propensión al énfasis literario, y está bordando, como el escultor de la fachada de Civray, sobre el tema del salmo CL, enumerando los instrumentos de música. Otros trozos del *Veneranda dies* nos llevarán más cerca de la realidad. Que los peregrinos, dice Aimery, tengan cuidado con las consecuencias en tan grandes concurrencias, y eviten sobre todo la embriaguez; ¡cuidado con las disputas y riñas entre diferentes naciones! Una noche de velada en San Gil precisa que ha visto por sus propios ojos a un grupo de franceses (del norte) y a otro de Gascones pelearse por la proximidad de la tumba santa, con el fin de captar lo mejor posible para sus enfermos respectivos la sagrada emanación: llegaron, añade, a las manos, quedando dos hombres fuera de combate, y uno de ellos a quien golpearon en la cabeza, murió en cuanto llegó a casa... El peregrino tiene pues que desconfiar, ante todo, de la ira.

Entre los numerosos detalles que nos proporciona el *Codex*, los hay que nos aclaran admirablemente los problemas de alojamiento y sustento de los peregrinos. Aimery alaba mucho los hospicios que se encuentran a lo largo de la ruta y recuerda que la caridad debe reinar en la previsión y organización de esas moradas. Para asegurar la manutención de los visitantes, hay que desplegar el máximo esfuerzo: así cuando se recaudan y cobran las innumerables oblacones recibidas en la tumba, los repartidores deben velar con todo escrúpulo para que se salvaguarde la parte proporcional que se reserva a los peregrinos pobres.

Fundaciones acá y allá, permiten mantener los hospicios, pero eso no basta. Por eso cada cristiano debe sentirse personalmente preocupado, responsable, y llevar a cabo con el peregrino esa tradicional obra de misericordia. En la Guía, al hablar de los Gascones, Aimery enumera sus vicios con complacencia: “son superficiales; charlatanes; burlones, libidinosos, borrachos, glotones”, pero en seguida añade que en lo tocante a la hospitalidad son ejemplares. El opúsculo se terminará con varias anécdotas de lo más pintorescas, destinadas a demostrar que el rehusar dicha caridad acarrea terribles consecuencias. En Poitiers, a lo largo de todo un arrabal, dos peregrinos de vuelta de Galicia, desprovistos de recursos, habían solicitado en vano la hospitalidad de los vecinos; sólo al llegar cerca de Saint-Porchaire, fue cuando los acogió alguien;

<sup>15</sup> *Ibid*, p. 149.

al día siguiente, estalla un incendio terrible, que deja la calle entera destruida, y para justo en la casa en donde se acaba de practicar la caridad.

El peregrino jacobeo, expuesto a toda clase de agresiones a lo largo del viaje, también será fácilmente explotado cuando llegue a su término. Como suele ser poco instruido, y en cualquier caso asaz crédulo, ya le habrán sabido persuadir durante el trayecto que de una villa a otra lleve materiales destinados a la construcción del santuario apostólico: lo que representa para los maestros de obras, ¡ahorros de acarreo! Pero la peor explotación es, claro, la que tiene que soportar por parte de los posaderos compostelanos. A este respecto Aimery cuanta y nunca acaba:

Enganchadores de hostelería vana esperan a los peregrinos hasta Barbadelo, es decir, antes de que lleguen a Puertomarín, para embaucarlos con sus discursos, cada uno alabando su propia mercancía. A tal hostelero de Santiago, le proporciona clientes un cambista con el que selló un acuerdo: el cambista, imprescindible intermediario del peregrino en cuanto llega, comete a menudo fraudes con el peso y luego ambos compadres se reparten la ganancia. Y eso no es todo. Un posadero dará de beber al peregrino, la primera noche, del mejor vino que tenga, y en cuanto el infeliz se duerma, se le despojará de todo lo que lleve encima. En otro sitio, las criadas, por orden del ama, vacían al anochecer la provisión de agua en el arroyo, para que, cuando el peregrino tenga sed por la noche, se vea en la obligación de comprar vino; y caro. Por fin, claro está, si creemos a Aimery, todos cometen fraudes en los precios.

Y luego, cuando el peregrino sale de la posada, se ve asaltado por las cereras, los vendedorcillos de productos alimenticios, hierbas medicinales, drogas y especias, zurrones de piel de ciervo, zapatos, correas y cinturones...

¡Eso para no hablar de los mendigos abusivos, que por procedimientos inconfesables exponen sus presuntas llagas, o ven llegar a su víctima con ojos de pseudo-ciegos! En cuanto a las prostitutas, ya se vio el peregrino expuesto a encontrárselas en las frondosas soledades, a la vera del Miño. Pero en Compostela mismo, no falta sirvienta de hostelería que venga de puntillas a deslizarse en su cama, *causa pecuniam adquirendi*.

Después de lo dicho, nos queda ahora el plantearnos diversas preguntas acerca de cómo debe de reaccionar el piadoso peregrino. Bajo este punto esencial, los textos del *Codex* tenían que aportarnos algunas respuestas. He aquí la principal: si quien se dirige a Compostela a implorar al Apóstol quiere triunfar de todas esas pruebas para sacar pleno provecho de su intención, tendrá que reaccionar por la penitencia, y ésta le llevará al alborozo.

Aunque Aimery Picaud no parezca haber servido de muy buen ejemplo,<sup>16</sup> no deja de recordar, a lo largo de estas páginas, a los visitantes de Santiago, un deber primordial, el de la penitencia; sin cierta ascesis, el verdadero peregrino no podría existir. Lírico es todo un relato de *Veneranda dies*,<sup>17</sup> en donde cada párrafo desarrolla la misma fórmula *legitima ad beati Jacobi limina tendit qui...* "tiene razón de ir al Santuario de Santiago aquel que..." ¿Qué hace? ¿Cuáles son sus exigencias?

Se pueden clasificar sin dificultad en tres capítulos:

<sup>16</sup> En la pretendida bula de Inocencio II, en efecto se le designa con *Girberga Flandrensis, socia ejus* (ibid, p. 399) lo que resulta muy enigmático.

<sup>17</sup> *Ibid*, pp. 157 y 55.

1. *Antequam iter incipiat*, antes de ponerse en camino, el buen peregrino tendrá que aliviar su conciencia, ante todo dejando arregladas las diferencias que pudiese tener con el prójimo, concluyendo los procesos pendientes, solicitando también ora a su superior, ora a su cónyuge, la autorización de marcharse.

2. *Postquam iter ceperit*, ya de camino, tiene que rezar sin cesar, o por lo menos con regularidad, decir el oficio divino, soportar las pruebas con paciencia, guardarse de palabras huevas o licenciosas, de peleas, borracheras y, claro está, de pecados carnales.

3. *Postquam* —y no es esto lo menos importante— *postquam ad propria reversus fuerit*, en cuanto vuelve a casa, tiene que demostrar de modo absoluto que algo cambió en él, y que persevera en la virtud reconquistada.

La clave de todo es el espíritu de penitencia, Aimery explica más de una vez que el dinero que se lleva ha de servir para dar limosna y no para llenarse la andorga; no sería uno sino un mero robador o ladrón.

Si el señor entró en Jerusalén cabalgando, no un caballo ni una mula; sino un burro, ¿qué pasará con los que vienen aquí montados en caballos, o mulas rollizas y con todo su equipaje? Si el bienaventurado Pedro, llegó a Roma sin dinero, ni zapatos, juntándose luego con el Señor por la crucifixión, ¿cómo tantos peregrinos van hacia El en posesión de dinero, con trajes forrados, a caballo, comiendo manjares delicados, bebiendo vinos generosos, sin dar nada a sus hermanos pordioseros?

Lo mismo que en los primeros tiempos de la Iglesia, los creyentes no tenían más que un corazón y una alma, ya que ponían sus bienes en común, así deben de actuar los peregrinos sinceros. Qué gran vergüenza será, como lo ha dicho el Apóstol, si uno desfalleciera, mientras otro estuviese ebrio.

Así, pues, por tales textos se hace comprender de nuevo que la penitencia si se concibe de este modo, acaba llevando necesariamente al alborozo interior: los dos elementos no son en sí contradictorios, sino complementarios, cuando evoca la abundante luminaria resplandeciente en la Basílica a lo largo de toda la noche o el frescor de las aguas que proyectan las cuatro fauces de león de una fuente monumental erigida en Compostela para solaz de los peregrinos, Aimery Picaud intenta proporcionarles, una vez llegados a su destino, una serenidad que ya no deberían perder jamás: "¡oh peregrino de Santiago, guárdate de mentir de hoy en adelante con esos labios que depositaron besos en su altar; con tus pies, que padecieron tantos dolores para llegar hasta El, no te dirijas nunca más hacia las malas obras. Con esas manos, que tocaron tan venerable altar, procura no cometer ya mal alguno!"<sup>19</sup>

Y si, por si acaso, ya en casa, metido en la monotonía de lo cotidiano, de las preocupaciones de familia u oficio, el antiguo peregrino se dejaba desalentar, que se acordara entonces del día en que entró en la Catedral de Santiago. Aquí, con minucia, Aimery Picaud, ha analizado este Santuario con todos sus componentes. A mediados de aquel siglo XII, en que Suger de Saint-Denis cantaba la gloria de Dios por las fastuosas construcciones de su abacial, nuestro autor exclama:<sup>20</sup>

"La iglesia de Santiago fue admirablemente realizada. No se podría encontrar ni

<sup>18</sup> *Ibid.*, pp. 155-56

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 154.

<sup>20</sup> *Le Guide...*, ed. Viellard, p. 92.

grieta, ni defecto. Grande, espaciosa, clara, bien proporcionada en las tres dimensiones, su aparejo es extraordinario e inefable. Su doble planta, alusión al triforio, la hace semejante a un palacio.”

Y concluye con las inolvidables palabras que, según creo, quisiera dar de viático al peregrino, que no sin melancolía a veces, emprende el camino de vuelta:

“Quien, preso de aflicción, por arriba fue a través de las naves del triforio, en cuanto contemple la perfecta belleza de este templo, se vuelve feliz y colmado”.

*Traducción de M.<sup>a</sup> Angeles Volait*

